

EL PARLAMENTO BRITANICO EN 1985

Por G. K. ROBERTS

El período legislativo de 1985 marcaba el ecuador de lo que probablemente será un período de legislatura de cuatro o cinco años. Por esta causa podría haber sido un año sin ningún interés particular para la política parlamentaria británica. Las próximas elecciones generales parecen todavía muy lejanas para que los asuntos parlamentarios se vean afectados por el adelanto de las estrategias de las campañas electorales; los partidos Laborista y Social Democrático contaban con líderes parlamentarios relativamente inexpertos (el señor Kinnock y el doctor Owen), aún en el trance de «aprender el oficio» y con demasiada frecuencia y demasiado fácilmente superados en los debates por la más experimentada primera ministra, quien dirigía su partido —primero en la oposición, después desde el gobierno— hace casi una década; y tampoco se esperaba ninguna gran iniciativa política en los doce meses venideros.

Sin embargo, fue a la vez un interesante y significativo año parlamentario en varios aspectos. A causa de unos acontecimientos políticos y de su desarrollo que no se corresponden claramente a las limitaciones del calendario, resultó un año que vio la conclusión de acontecimientos políticos que habían comenzado el año anterior (tales como la huelga de los mineros), así como el inicio de otros que continuarían en 1986 y con posterioridad (tales como los efectos de la rápida caída del precio del petróleo en la economía británica y en estrategia económica del gobierno, el acuerdo anglo-irlandés y la controversia sobre el futuro de la Westland Helicopter Company). Fue también un año en el cual empezó a cambiar el equilibrio de poder electoral en favor de los partidos de la oposición y, por primera vez, se planteó seriamente el si la primera ministra mantendría el liderazgo de los conservadores en las elecciones generales de 1987 o 1988. También se sucedieron a lo largo del año un cierto número de interesantes desarrollos de procedimiento, ¡si bien el

nuevo récord en el siglo xx del más largo discurso en la Cámara de los Comunes (cuatro horas y veintitrés minutos) se espera que sea una curiosidad aislada más que símbolo de una tendencia hacia unas más prolongadas contribuciones a los debates parlamentarios en general! (1).

El año se inició teniendo que afrontar una serie de problemas económicos, agravados por la continuación de los nueve meses de huelga minera. La libra esterlina cayó en su cotización frente al dólar (llegando casi a alcanzar la paridad a mediados de enero); el desempleo se mantuvo en niveles muy altos, las empresas continuaron ofreciendo un rendimiento a la baja. Los problemas sociales también parecían incrementarse: conflictos raciales, abuso de drogas, crueldad con los niños, todo tipo de actividades criminales, vandalismo, y así sucesivamente. En el primer debate televisado de la Cámara de los Lores, lord Stockton (antes señor Harold Macmillan, primer ministro de 1957 a 1963) apeló a todos los partidos políticos para que superaran sus diferencias para así promover la unidad de la nación y frenar el declive británico —incluso, quizá, formar un gobierno de coalición «nacional» de todos los partidos para lograr esos fines— (2). En diciembre, la Iglesia de Inglaterra publicó un informe de una comisión de expertos titulado *Fe en la City*, que se hacía eco de las advertencias de lord Stockton, especialmente con respecto a los problemas urbanos, pobreza y depresión, y las consecuencias sociales del desempleo. Sus remedios políticos —bajo la forma de una política de mayor presión fiscal, de mayor inversión pública, incrementos en los gastos de servicios sociales y planes de creación de empleo— resultaban más controvertidos que su diagnóstico. El gobierno y sus simpatizantes criticaron el informe por recomendar una política que había fracasado en el pasado y que, en cualquier caso, constituía materia de controversia partidista más que elemento esencial de la doctrina cristiana, y que además no resultaba necesariamente apropiado como pronunciamiento autorizado por parte de la Iglesia (3).

Unicamente se produjo un importante cambio en la composición del gobierno: en septiembre. Uno de los más abiertos y controvertidos miembros del gobierno, Norman Tebbit, fue nombrado presidente del Partido Conservador de cara a las próximas elecciones. Uno de los relativamente recién

(1) El señor Lawrence pronunció este discurso el 6 de marzo, en un intento fallido para impedir que continuara su curso legislativo una ley que permitía la fluoración de los abastecimientos de agua. El récord anterior del presente siglo fue un discurso de tres horas y doce minutos en 1974, y el récord absoluto era de seis horas en 1828 (*The Times*, 7 de marzo de 1985).

(2) *The Times*, 24 de enero de 1985.

(3) Véase, por ejemplo, *The Times*, 4 de diciembre de 1985.

llegados a la categoría de ministros «senior», Douglas Hurd (más conocido para muchos como autor de novelas políticas), sustituyó a Leon Brittan como ministro del Interior (*Home Secretary*), y el señor Brittan fue trasladado al puesto del señor Tebbit como secretario de Estado para la Industria y el Comercio. La primera ministra destacó que estos y otros cambios en su equipo de gobierno estaban dirigidos a mostrar el interés de su gobierno por los problemas del desempleo y para probar la habilidad del gobierno para resolver esos problemas (4).

EL ESTADO DE LOS PARTIDOS

Los tres «barómetros que ofrecen datos objetivos con respecto a la situación de los partidos proporcionaron una cierta tranquilidad a los tres partidos con representación parlamentaria, pero también les proporcionaron algunos motivos de preocupación en relación a sus esperanzas de éxito para las próximas elecciones generales.

Las encuestas de opinión publicadas en la prensa ofrecían un panorama muy variado. Los conservadores iniciaron el año con una ventaja cercana al 6 por 100 por encima del Partido Laborista. Más avanzado el año, disminuyó el apoyo para los conservadores, situándose en primer lugar los laboristas, seguidos muy de cerca por la Alianza (por primera vez en cuatro años). Por mayo, el Partido Conservador se encontró en tercera posición por vez primera desde el conflicto con Argentina en el Atlántico Sur en 1982. A finales de año, los conservadores habían recobrado apoyo, de forma que de nuevo algunos estudios los colocaban en un primer lugar. Aunque el Partido Laborista tendía en estos estudios a asumir el liderazgo al decaer el apoyo conservador, este hecho se debía a que el apoyo hacia los conservadores tendía a transferirse a la Alianza Social Demócrata-Liberal más que a causa de un aumento sustancial del apoyo hacia el propio Partido Laborista (5). Tales traspasos temporales de apoyo a la Alianza, sin embargo, no eran lo suficientemente amplios como para colocarla en cabeza ni para sugerir que pudiera obtener suficientes escaños en unas elecciones generales (a causa de la forma en que opera el sistema electoral británico) como para desafiar

(4) *The Times*, 3 de septiembre de 1985. El señor Tebbit permaneció en el gabinete, ocupando un puesto ministerial con escasos deberes significativos. El y su esposa se encontraron entre los heridos por la explosión de una bomba en su hotel de Brighton durante el Congreso del Partido Conservador en 1984.

(5) *The Guardian*, 2 de agosto de 1985.

a los otros dos partidos. En junio, un análisis regional confirmó el corte «norte-sur», que las elecciones de 1979 y de 1983 habían mostrado. El Partido Laborista mantenía una amplia supremacía sobre la Alianza en el norte, con los conservadores en un tercer puesto. En las *Midlands*, los partidos mantenían el mismo orden relativo que en el norte, aunque en posiciones más próximas. En el más próspero sur, los conservadores y la Alianza se repartían el liderato, con los laboristas algo postergados en un tercer lugar (6).

Un segundo indicador del apoyo de los partidos lo proporcionaron en mayo las elecciones para las juntas de condado. Los candidatos laboristas obtuvieron éxito, pero la Alianza acaparó los titulares al aumentar de 10 a 26 el número de juntas en las que obtuvieron escaños suficientes para evitar que los otros partidos gozaran de mayorías suficientes. Los conservadores perdieron sus mayorías absolutas en nueve juntas y el partido vio los resultados electorales con preocupación, puesto que indicaban que, de repetirse en unas elecciones generales, el Partido Laborista probablemente estaría en condiciones de formar gobierno (7).

El tercer indicador, las dos elecciones parciales para cubrir escaños en la Cámara de los Comunes, proporcionó ulteriores motivos de preocupación para los conservadores. En Brecon y Radnor, una circunscripción rural galesa, obtuvo el escaño la Alianza Social Democrático-Liberal por 559 votos, con el candidato laborista en segundo lugar y con el candidato del Partido Conservador en un lejano tercer puesto. Esta fue la peor derrota en unas elecciones parciales que los conservadores sufrieran en veinte años y desde 1958 no habían ocupado un tercer lugar en unas elecciones parciales en las que hubieran defendido uno de sus escaños. En 1983 habían ganado en Brecon y Radnor por una amplia mayoría. Ello resultó una muy alentadora victoria para la Alianza, reforzando su posición como el partido que había obtenido más votos en conjunto en las elecciones parciales celebradas después de las generales de 1983. Tal como John Selwyn Gummer (el presidente del Partido Conservador en aquel momento) dijo en su comentario sobre los resultados, todo ello parecía apuntar a que el electorado temía elegir a un diputado laborista, incluso en un escaño en el que el candidato laborista se hubiera visto favorecido por la impopularidad del gobierno y ganado con

(6) *The Guardian*, 18 de junio de 1985, en un informe sobre una encuesta de opinión Marplan.

(7) *The Times*, 9 de julio de 1985. Los votos para los tres mayores partidos fueron: Alianza, 13.753; laboristas, 13.194; conservadores, 10.631. La mayoría de la Alianza fue de 559 votos (en comparación con la mayoría conservadora en las elecciones generales de 1983, que fue de 8.784 votos sobre los laboristas). La participación fue de un 79,2 por 100.

facilidad (8). La otra elección parcial, en Tynebridge (una circunscripción urbana en el noreste), suscitó menor atención. A diferencia de Brecon y Radnor, donde los estudios de opinión habían sugerido a lo largo de la campaña que cualquiera de los tres partidos podía albergar esperanzas de obtener el escaño, en Tynebridge desde el comienzo de la campaña estaba claro que ganaría el candidato laborista. El candidato laborista ganó con un pequeño incremento en la proporción de votos, aunque de nuevo el candidato conservador fue relegado a un humillante tercer puesto, por detrás del candidato de la Alianza (9).

Junto a estos indicadores de pérdida de apoyo electoral proporcionados por informes de opinión, elecciones parciales y los resultados de las elecciones locales, el Partido Conservador se enfrentó a dificultades —como había sucedido continuamente a partir de las elecciones generales de 1983— en el interior del propio partido. El partido no podía ignorar la notoria pérdida de popularidad de la primera ministra; en febrero las encuestas de opinión señalaban que su nivel de popularidad era el más bajo desde antes de la guerra de las Malvinas y que su política económica, en la que se basaba su estrategia de gobierno, era extremadamente impopular. Uno de sus antiguos ministros presentó un artículo extremadamente crítico de su estilo político en un periódico dominical como acompañamiento a los resultados del informe (10). Los miembros conservadores del Parlamento continuaron actuando como una «oposición no oficial de Su Majestad» durante 1985 (11). Tal oposición llegó especialmente de los conservadores más de centro-derecha, para los que el primer ministro Edward Heath ejerció como portavoz, entre otros, avisando al gobierno al comenzar el año de que debía cambiar su política económica o aumentaría el riesgo de perder el apoyo de sus propios parlamentarios. El señor Heath amenazó incluso con negar su apoyo a la señora Thatcher en las próximas elecciones generales si no modificaba su política económica (12). Los rebeldes parlamentarios conservadores del sector derechista también causaron numerosos problemas al gobierno, especialmente en las votaciones de la legislación gubernativa: con respecto a las ayudas financie-

(8) Los resultados fueron los siguientes: Laboristas, 13.517 votos; Alianza, 6.942; conservadores, 2.588. La mayoría laborista fue de 6.575 votos (frente a una mayoría sobre los conservadores de 11.693 votos en las elecciones generales de 1983). Sin embargo, la participación fue de sólo un 38 por 100, frente a un 77,8 por 100 en las elecciones generales. El porcentaje de votos de los laboristas se incrementó un 1,3 por 100; el porcentaje de la Alianza aumentó en un 11,4 por 100, mientras que el de los conservadores descendió un 14,2 por 100.

(10) *Sunday Times*, 10 de febrero de 1985.

(11) *The Economist*, 12 de enero de 1985.

(12) *Daily Telegraph*, 3 de enero de 1985.

ras del gobierno central a las autoridades locales en las áreas rurales (¿donde muchos de estos parlamentarios tenían sus circunscripciones!); sobre la conversión del aeropuerto de Standstead en el «tercer» aeropuerto internacional de Londres, cuando setenta conservadores votaron en contra del gobierno; sobre una financiación suplementaria a la Comunidad Europea (diecinueve conservadores votaron en contra del gobierno y diez se abstuvieron); sobre incrementos salariales para funcionarios de la Administración, oficiales militares, jueces y otros funcionarios públicos (cuando la mayoría gubernamental se redujo a diecisiete, debido a que los conservadores votaron con la oposición o se abstuvieron), y en otros varios asuntos menos controvertidos (13). Una forma más organizada, aunque efímera, de oposición conservadora al gobierno de la señora Thatcher estuvo ligada al señor Pym, anterior ministro del gabinete de la señora Thatcher, quien anunció la formación de una nueva facción dentro de su partido en el Parlamento, denominada Frente Centrista Conservador, que contaba con cerca de treinta miembros (14). Su programa, publicado en el *Daily Telegraph* pocos días después, parecía más un vago diagnóstico de los problemas de la economía y de la sociedad británicos que una sugerencia con detalles precisos sobre qué remedios podrían aplicarse (15). Las críticas (incluso por parte de algunos supuestos miembros del nuevo grupo) aparecieron pronto, afectando a los propósitos, la condición y la dirección de la nueva facción y especialmente sus muy explícitas críticas a la política del gobierno (16). El señor Pym se reunió con los líderes del Partido Conservador en el Parlamento y negó formalmente que su nuevo grupo significara un «partido dentro del partido»; insistió en que él intentaba sólo promover propuestas políticas constructivas alternativas (17). No volvió a oírse nada más acerca del nuevo grupo, pero el hecho de su formación y la publicidad que atrajo indicaban a la señora Thatcher que el malestar dentro de su propio partido debía considerarlo como el más serio peligro —más que las actividades de la oposición laborista o de la Alianza— para un deseado tercer mandato como primera ministra.

Incluso más amenazado que el Partido Conservador, lo estuvo el Partido Laborista a lo largo de 1985 principalmente a causa de facciones dentro de

(13) *The Guardian*, 17 de enero de 1985; *The Times*, 1 de febrero de 1985; *The Guardian*, 26 de junio de 1985; *The Times*, 25 de julio de 1985.

(14) *Sunday Times*, 12 de mayo de 1985.

(15) *Daily Telegraph*, 14 de mayo de 1985. El señor Pym también perfiló el programa del grupo en un discurso en la Universidad de Oxford el 14 de mayo (*The Times*, 15 de mayo de 1985).

(16) *The Times*, 16 de mayo de 1985.

(17) *The Times*, 17 de mayo de 1985.

su propia organización. El mantenimiento de la huelga minera centró gran parte de la impopularidad del Partido Laborista, en parte a causa de que muchas de las personalidades relevantes del partido (tales como el señor Benn y el señor Heffer) apoyaban de todo corazón al líder de los mineros, Arthur Scargill, y su intransigente actitud de hostilidad hacia el gobierno. Mas el Partido Laborista también arrojó la impopularidad porque —tal como los conservadores no se cansaron de destacar— su líder el señor Kinnock y sus colegas (que ansiaban poder formar el próximo gobierno de Gran Bretaña) condenaron tardíamente la violencia, la intimidación a los mineros que trabajaban y la delincuencia en la que consistía una parte creciente de la campaña de un sindicato que estaba perdiendo una larga y costosa lucha. Cuando los portavoces laboristas efectuaron esa condena, quedó completamente desdibujada al llevarla a cabo conjuntamente con una condena a la supuesta «violencia de la policía» y con críticas al gobierno y a los líderes empresariales de la industria carbonífera. El señor Kinnock y sus compañeros se enfrentaban a un dilema: condenar la conducta de los mineros significaba un riesgo de división interna para el partido y el rechazo por parte de aquellos miembros del partido para los que la «solidaridad» lo era todo; permanecer en silencio suponía arriesgarse a perder el apoyo de parte del electorado (18). Posiblemente el señor Kinnock, procedente él mismo de una familia minera y representante de una circunscripción minera galesa, fue tan arriesgado en sus críticas hacia el sindicato minero como lo permitía su situación (19).

La huelga de los mineros, con todo, fue sólo uno de los asuntos en los que el Partido Laborista resultó perjudicado por sus militantes más extremistas del ala izquierda. El vicesecretario del partido, señor Hattersley, en una entrevista de televisión, al sustentar las críticas del señor Kinnock a los parlamentarios izquierdistas, quienes se habían mostrado amenazadores ante el delicado manejo del asunto de la huelga por parte de su líder, manifestó que esos radicales habían «atacado al partido por su base» y estaban haciendo disminuir el apoyo popular hacia el partido (20). La publicidad concedida a la tendencia *Militant* (facción troskista dentro del partido) y a sus seguidores, especialmente a aquellos que eran miembros destacados del consejo de la ciudad de Liverpool y a otros que eran parlamentarios, también da-

(18) Las encuestas de opinión señalaban que la huelga de los mineros estaba haciendo perder su apoyo al Partido Laborista, especialmente entre aquellos sectores del electorado a los que el Partido Laborista tenía que captar si quería ganar en las próximas elecciones generales (*Sunday Times*, 27 de enero de 1985).

(19) *The Economist*, 2 de febrero de 1985.

(20) *Daily Telegraph*, 19 de enero de 1985.

ñaba al partido. Parecía probable que algunos partidos locales rechazaran la renominación como candidatos de antiguos y leales parlamentarios laboristas, a menudo a causa de la infiltración en las organizaciones de sus circunscripciones de militantes de la tendencia *Militant* o de otros activistas de extrema izquierda. Un parlamentario, el señor Freeson, se manifestó en términos contundentes en contra de lo que él consideraba «manipulación» por parte de esos radicales (21). Después de que la huelga de los mineros hubiera acabado infructuosamente, tras casi doce meses de lucha, el Partido Laborista comenzó a recobrar apoyo en las encuestas de opinión, y cuando se celebró el congreso del partido en octubre, el señor Kinnock sintió la suficiente confianza como para realizar un fuerte ataque retórico tanto a la dirección del sindicato minero y a sus tácticas como a los extremistas, incluyendo a los líderes del partido en Liverpool. Sus discursos sobre estas materias recibieron una extensa publicidad y la aprobación de amplios sectores de los delegados en el congreso del partido (22). Sus palabras significaron una clara advertencia de su intención de superar los problemas de división interna por parte del ala izquierda del partido antes de que comenzara la campaña para las elecciones generales.

Un problema que hubiera podido afectar seriamente al Partido Laborista y sus oportunidades en las próximas elecciones generales lo presentó una nueva legislación que obligaba a los sindicatos a celebrar unas nuevas votaciones entre sus afiliados para decidir si los sindicatos habían de tener «fondos políticos» (lo que significaba la afiliación de los sindicatos al Partido Laborista). El partido recibía el 80 por 100 de sus ingresos (alrededor de los cinco millones de libras en 1983) de los sindicatos (23). Sin embargo, a lo largo del año aquellos sindicatos que celebraron votaciones, en todos los casos resultaron favorables al mantenimiento de los fondos políticos y, en consecuencia, a permanecer en calidad de afiliados —y cotizantes— al partido.

A pesar de la habilidad y del valor del señor Kinnock en sus esfuerzos por limpiar al partido de sus miembros más extremistas, continuó siendo cierto

(21) Dadas las circunstancias, el señor Freeson optó por no intentar volver a ser nominado por la circunscripción de su partido (*The Times*, 9 de marzo de 1985).

(22) *The Times*, 2 y 3 de octubre de 1985.

(23) *Sunday Times*, 13 de enero de 1985. El Partido Laborista objetó que las firmas comerciales, que proporcionaban el 40 por 100 de los ingresos del Partido Conservador, no tenían que celebrar un escrutinio entre sus accionistas antes de realizar sus donaciones políticas. Se estima que en las elecciones generales de 1983 sólo cuatro millones de afiliados sindicales (un 39 por 100) votaron a favor del Partido Laborista, aunque colectivamente los sindicatos representaban seis millones de afiliados para el Partido Laborista.

que se dedicaba demasiada atención y esfuerzo a los conflictos internos del partido y menos de los necesarios para atacar la vulnerable política del gobierno. El análisis de las encuestas electorales y la distribución del apoyo hacia el partido a lo largo del país mostraban que, posiblemente con cualquier reparto de votos entre los tres partidos mayores en las próximas elecciones generales, los laboristas no conseguirían una mayoría absoluta a menos que obtuvieran alrededor del 37 por 100 del total de votos emitidos (24). Sólo en escasas ocasiones a lo largo del año indicaron las encuestas electorales niveles de apoyo por encima de esa cifra. Un relevante miembro del Partido Laborista y líder de la mayoría socialista del Consejo del Gran Londres, Ken Livingstone (quien en el pasado se había autocalificado de político de extrema izquierda, si bien más recientemente se había puesto del lado de los puntos de vista y de la política del señor Kinnock), escribió en un artículo periodístico que el Partido Laborista debería mejorar su organización de cara a las próximas elecciones, abandonando sus disputas internas, y hacerse más abierto a la participación de sus afiliados, especialmente para las mujeres y las minorías étnicas. Al provenir de una de las pocas personalidades dirigentes del partido que habían desempeñado cargos públicos de importancia después de 1979, su mensaje sería con seguridad uno de los que el partido tomaría en serio (25).

Al igual que los otros dos partidos, los problemas para la Alianza Social Demócrata-Liberal derivaban más de divisiones internas que de ataques políticos de sus adversarios. El desarrollo político a lo largo del año había resultado alentador para la Alianza. Sus resultados en las elecciones locales y en las dos elecciones parciales al Parlamento, sus mejoras en las encuestas electorales mensuales hasta conseguir un apoyo de un 25-35 por 100 y la importancia en aumento y la categoría política del líder socialdemócrata, el doctor Owen, todos ellos sugerían que la Alianza confirmaba su papel como el tercer gran partido en la política británica y el que probablemente estaría en condiciones de controlar el equilibrio de poderes en las próximas elecciones.

El problema de la Alianza, pues, consistía en que *era* todavía únicamente una «alianza» de dos partidos separados, con rivalidades con respecto a qué partido iba a presentar al candidato para cada escaño en las elecciones, quién había que considerar como el «líder» de la Alianza (David Steel o David Owen), qué política de partido debía considerarse la de la Alianza y qué estrategias seguir, especialmente en relación con la reforma electoral y

(24) *The Economist*, 28 de septiembre de 1985.

(25) KEN LIVINGSTONE: «¡No teorizad, organizad!», en *The Times*, 3 de octubre de 1985.

la asunción del equilibrio de poderes en la próxima Cámara de los Comunes. Los líderes del Partido Social Demócrata, especialmente, habían rechazado la idea de fusionar los dos partidos en un futuro cercano. Un prestigioso semanario británico, *The Economist*, consideraba este fracaso en la fusión como el responsable de que el apoyo a la Alianza permaneciera limitado y que una unión completa, con un único líder representante del nuevo partido unificado, podría inmediatamente aumentar el apoyo a la Alianza en varios puntos porcentuales (26). En una conferencia de prensa, los líderes de ambos partidos se mostraron de acuerdo en que, en el caso de que en el Parlamento resultante de las próximas elecciones careciese algún partido de una mayoría suficiente, la Alianza trataría de negociar primero con el partido mayor (27). Sin embargo, en otras cuestiones de estrategia política los liberales parecían tener más fuerza principalmente en el norte de Inglaterra, donde se inclinaban hacia la izquierda, uniéndose al Partido Laborista en sus ataques contra los conservadores, mientras que los socialdemócratas se inclinaban hacia la derecha, con un apoyo que provenía más del sur de Inglaterra, inclinándose más hacia los conservadores y atacando al Partido Laborista (28). Incluso dentro de cada partido existían desavenencias. Un parlamentario liberal profirió un fuerte ataque contra David Steel en una revista liberal-radical, criticándole por mostrarse muy lejano en su estilo de liderazgo (29), y los había en el Partido Social Demócrata descontentos con la preeminencia y las actitudes librecambistas del doctor Owen.

EL CALENDARIO PARLAMENTARIO

Obviamente, el más relevante asunto del calendario parlamentario a comienzos de año fue la continuación de la huelga de los mineros del carbón, si bien el número de mineros que abandonaban la huelga aumentaba constantemente y algunos nunca se habían sumado a la misma. El gobierno insistía en que no habría ulteriores concesiones por su parte o por la de la Compañía Nacional del Carbón (los empresarios de esta industria) con respecto a la cuestión central de la clausura de las minas antieconómicas y que el sindicato minero debía aclarar por escrito su postura sobre este asunto de la clausura de minas antes de que pudieran abrirse nuevas negociaciones (30). La

(26) *The Economist*, 25 de mayo de 1985.

(27) *The Times*, 23 de mayo de 1985.

(28) *The Economist*, 2 de febrero de 1985.

(29) *The Guardian*, 9 de diciembre de 1985.

(30) *The Times*, 22 y 25 de enero de 1985.

dirección del Partido Laborista, remisa a verse forzada a hacer pública su posición sobre el cierre de las minas de carbón o sobre la violencia que había acompañado a la huelga (véase *supra*), se vio virtualmente forzada a celebrar un debate en torno a la huelga por parte de sus parlamentarios más radicales. Dicho debate se celebró el 4 de febrero, y el gobierno, con entusiasmo, puso en un aprieto al Partido Laborista al solicitar al señor Kinnock que aclarara su posición con respecto al fracaso de la dirección del sindicato para celebrar una votación entre sus miembros sobre la huelga, la violencia y el coste que suponía para la producción de carbón el mantener abiertas las minas antieconómicas (31). Por las fechas de ese debate, el 43 por 100 de los mineros habían vuelto al trabajo, y a finales de febrero aproximadamente la mitad de los mineros habían dejado la huelga y los mineros del Nottinghamshire habían decidido acabar con la prohibición de trabajar horas extra que había precedido a la propia huelga. El sindicato minero una vez más rechazó una fórmula cuidadosamente negociada de acuerdo para finalizar la huelga y se hizo obvio que no sería posible ninguna negociación como medio para acabar con la huelga. A comienzos de marzo eran tantos los que habían tornado al trabajo que la huelga fracasó, justo un poco antes del año de su inicio. Un comentarista sugirió que: «El final de la huelga del carbón transformará el panorama político británico» (32). Efectivamente constituyó una victoria política para la primera ministra y para su ministro responsable de política energética, el señor Walker. Fue una derrota para el líder radical minero, el señor Scargill, y perjudicó al Partido Laborista, si bien, una vez terminada la huelga, podría recuperar parte del apoyo perdido en las encuestas de opinión, como efectivamente sucedió. Las consecuencias de la huelga fueron objeto de debate y de preguntas en la Cámara de los Comunes en varias ocasiones a lo largo del resto del año. En particular, la decisión de la Compañía Nacional del Carbón de no readmitir a los mineros despedidos por delitos penales u otras razones durante la huelga, sembraron la controversia en la Cámara de los Comunes (33). Una comisión especial (*Select Committee*) de la Cámara recomendó (por una mayoría de sólo un voto) que se revisaran esos casos de despido, lo que hizo que la primera ministra denunciara el informe por alentar a aquellos que habían utilizado la violencia durante la huelga (34).

La huelga minera fue sólo uno de los factores dentro de la situación económica general a la que el gobierno hubo de hacer frente. En febrero, la

(31) *The Times*, 31 de enero y 5 de febrero de 1985.

(32) GEOFFREY SMITH, en *The Times*, 5 de marzo de 1985.

(33) *The Times*, 6 de marzo y 23 de mayo de 1985.

(34) *The Times*, 21 de junio de 1985.

libra esterlina alcanzó la baja cotización de 1.05 dólares y el gobierno se vio obligado a aumentar las tasas de interés para proteger los niveles de cambio de la libra. Se criticó a la señora Thatcher por permitir una caída tan rápida de la libra y por no haber persuadido al presidente Reagan de que actuara para evitar que el dólar se hiciera tan fuerte (35). En marzo, la libra comenzó a recobrase, mas demasiado tarde para que afectara al presupuesto o para evitar los incrementos en las tasas hipotecarias para los compradores de viviendas. El presupuesto incluyó nuevas medidas para reducir el desempleo, especialmente entre los jóvenes ampliando el Plan de Formación para la Juventud (*Youth Training Scheme*). Las subvenciones a los ingresos libres de impuestos se incrementaron sustancialmente, y el gobierno mantuvo su afirmación de que el fin principal de su política económica era reducir la inflación (36). El presupuesto resultó impopular. La oposición, desde luego, lo criticó; el vicelíder del Partido Laborista, el señor Hattersley, afirmó que significaba un «cruel desprecio hacia los pobres» (37). Una encuesta de opinión descubrió que el 49 por 100 de los entrevistados opinaba que el presupuesto *no* resultaba bueno para Gran Bretaña y sólo el 35 por 100 estimaba que sí lo era. Incluso los encuestados que afirmaron votar a los conservadores incondicionalmente eran más partidarios del gasto público que de las reducciones de impuestos como medios para crear empleo (38). El ministro de Hacienda (*Chancellor of the Exchequer*) había insistido con anterioridad en que la vía para hacer descender el desempleo consistía en el control de la inflación y en incrementar las pequeñas empresas y el trabajo por cuenta propia; y otro ministro dijo en la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña contaba con un 66 por 100 de la población adulta empleada: un nivel superior al de Francia, Italia o Alemania Occidental, incluso aunque había un 14 por 100 reclamando el subsidio de desempleo (39). A pesar de estas actitudes complacientes de los ministros del gobierno, otros parlamentarios conservadores (entre los que se encontraba el antiguo primer ministro señor Heath) continuaron presionando en favor de una más enérgica e inmediata lucha contra el desempleo (40). En julio el gobierno anunció un nuevo programa de formación para jóvenes, que sería introducido en 1986 (41), y, en octubre, el ministro de Hacienda anunció que el número de desempleados

(35) *The Guardian*, 27 de febrero de 1985.

(36) *The Times*, 20 de marzo de 1985.

(37) *The Times*, 21 de marzo de 1985.

(38) *Sunday Times*, 24 de marzo de 1985.

(39) *The Times*, 6 de marzo de 1985.

(40) *Daily Telegraph*, 16 de enero de 1985; *The Times*, 11 de mayo de 1985.

(41) *The Times*, 2 de julio de 1985.

en Gran Bretaña se había incrementado en 600.000 desde 1983, más que en el resto de los países de la Europa comunitaria juntos (42). Hacia diciembre había síntomas de que las cifras de desempleados empezaban a declinar.

A pesar de su reputación como un gobierno que había reducido el gasto público radicalmente desde su llegada al poder en 1979, el gobierno Thatcher de hecho había *incrementado* el porcentaje del ingreso nacional destinado a gastos en el sector público. El gasto público en 1984-85 fue un 9,4 por 100 más elevados en términos *reales* que en 1979-80: un incremento mayor que el aumento de la renta nacional. Los gastos en seguridad social (incluyendo los subsidios de desempleo) fueron de 28,4 por 100 en ese período, si bien los gastos en educación fueron sólo un 1 por 100 más elevados (43). Los ataques contra el plan económico del gobierno por parte de la oposición recibieron además una respuesta del gobierno recordando al Parlamento los altos niveles de inflación y de endeudamiento estatal ante el Fondo Monetario Internacional bajo los gobiernos laboristas, 1974-1979, y desafiando a la oposición a que indicaran cómo podrían financiarse los gastos extras que ellos proponían (44). A finales de año el gobierno prometía menores tasas de inflación, ulteriores reducciones de imposición y un crecimiento más elevado, si bien las señales de una caída en los precios del petróleo ponían en peligro los beneficios que el gobierno había anticipado de la venta del petróleo del Mar del Norte.

Asimismo, la reforma y un mayor control central de la administración local estaban, en parte, relacionados con los planes económicos del gobierno, desde el momento en que el gobierno consideraba que los «excesivos» gastos de los consejos locales resultaban inflacionarios. El gobierno logró la aprobación parlamentaria para controlar las sumas de imposición a la propiedad local que determinados consejos con gastos elevados podrían recaudar. Aquellos que apoyaron tales controles dieron ejemplos de que lo que reclamaban eran gastos legales, pero irresponsables, ¡incluyendo un consejo de Londres que gastó 17.000 libras en «eliminar las bromas irlandesas» y el consejo de la ciudad de Leicester proporcionando teléfonos gratuitos a los mineros en

(42) *The Guardian*, 10 de octubre de 1985.

(43) TIM CONGDON: «Gasto público: la realidad», en *The Times*, 11 de julio de 1985.

(44) Por ejemplo, estos argumentos fueron utilizados por la oposición y por el gobierno en una moción de censura presentada por la oposición en contra de la política económica del gobierno el 31 de enero de 1985, que, como se esperaba, resultó derrotada (*The Times*, 1 de febrero de 1985), y en un debate sobre incrementos en los precios impuestos por el gobierno para servicios estatales, como gas, electricidad y consumo de agua (*The Times*, 20 de junio de 1985).

huelga, aun cuando en el área de Leicester el 95 por 100 de los mineros habían rechazado la huelga y se encontraban trabajando! (45). Esas restricciones supusieron un cambio radical en un período de veinte años de incrementos anuales en las imposiciones a la propiedad local que fueran mayores que la tasa de inflación. Mientras tanto, a pesar de las enmiendas introducidas por la Cámara de los Lores, la legislación para abolir los consejos de los grandes conjuntos urbanos metropolitanos (tales como el Gran Londres, el Gran Manchester y Mersyside) siguió su curso parlamentario, de forma que a finales de año parecía cierto que esas autoridades locales desaparecerían en abril de 1986 (46).

Hubo pocos asuntos de política exterior o de defensa que reclamaran la atención parlamentaria durante 1985. La deteriorada situación de Sudáfrica provocó un llamamiento para imponer sanciones económicas, pero el gobierno se negó a aceptar tales demandas, argumentando que no serían el instrumento adecuado para producir un cambio en Sudáfrica (47). La acusación contra Clive Ponting, funcionario del Ministerio de Defensa, por transmitir información de forma impropia a un miembro del Parlamento respecto al hundimiento en 1982 por la Armada británica del buque de guerra argentino «Belgrano», provocó una larga serie de preguntas y declaraciones en la Cámara de los Comunes. El jurado, sorprendentemente, declaró al señor Ponting «inocente», y esto añadió al debate la cuestión, en primer lugar, de la procedencia de la acusación. El líder de la oposición, señor Kinnock, llegó casi a llamar mentirosa a la primera ministra, por la responsabilidad de la misma en la decisión de procesar al señor Ponting, pero el *Speaker* de la Cámara de los Comunes se negó a declarar que el señor Kinnock hubiera actuado de forma impropia (48). El caso de Clive Ponting levantó la cuestión de si resultaba deseable que Gran Bretaña mantuviera la Ley de Secretos Oficiales tal como había estado hasta entonces, y el asunto, más complejo, acerca del deber último del funcionario: hacia el gobierno de cada momento o hacia el Estado y el más vasto interés público (49). Se solicitó que una comisión especial de la Cámara de los Comunes investigara e informara sobre ulteriores consecuencias del asunto Ponting (50).

(45) *The Guardian*, 26 de febrero de 1985.

(46) Véase GEOFFREY K. ROBERTS: «El Parlamento británico en 1984», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 45, mayo-junio 1985, págs. 235-236 y 245-246. Estas autoridades dejaron de existir el 1 de abril de 1986.

(47) *The Times*, 26 de abril de 1985.

(48) *The Times*, 13 y 14 de febrero de 1985.

(49) *The Times*, 13 de febrero de 1985.

(50) *The Times*, 22 de febrero de 1985. El propio señor Ponting decidió cesar como

El otro único nuevo asunto de importancia sobre política de defensa fue la indecisión gubernamental con respecto al futuro de la Compañía de Helicópteros de Westland. Esta firma soportaba dificultades financieras y el gobierno (el mayor comprador de productos de la empresa) tenía que decidir entre prestar ayudas a la empresa o permitir que un consorcio americano comprara la compañía. A finales de año la controversia seguía sin resolverse. Sin embargo, un periódico criticaba ya a la señora Thatcher por no imponer su autoridad en el gabinete, al mostrarse públicamente en desacuerdo de los principales ministros (el señor Heseltine, ministro de Defensa, y el señor Brittan, ministro de Industria y Comercio) sobre la política mejor que pudiera adoptarse en este asunto (51).

Quizá la más dramática disputa parlamentaria de 1985 fue la referente al acuerdo intergubernamental entre los gobiernos británico e irlandés. Aunque el número de muertes violentas en Irlanda del Norte se había reducido considerablemente en los últimos años (52), el gobierno deseaba que disminuyeran aún más los asesinatos y otros actos de violencia. Este acuerdo significaría un incremento de la cooperación —especialmente en cuestiones legales y de seguridad— entre la República de Irlanda y el Norte de Irlanda y una forma de asegurar a la población católica de Irlanda que se reconocían sus relaciones con la República de Irlanda. El acuerdo, por tres años en primera instancia, comprometía explícitamente a ambos gobiernos a no cambiar el *status* de Irlanda del Norte sin el consentimiento de la mayoría del electorado de la misma. El acuerdo recibió un gran recibimiento en los grandes partidos de Gran Bretaña, pero contó con una fuerte oposición por parte de los partidos unionistas del Ulster (que representaban a casi todas las circunscripciones de Irlanda del Norte en la Cámara de los Comunes), por los nacionalistas radicales irlandeses en Irlanda del Norte (especialmente aquellos que apoyaban al ilegal Ejército Republicano Irlandés [IRA], responsables de muchos de los crímenes y de las actividades terroristas en Irlanda del Norte) y por el jefe del partido de la oposición de la República de Irlanda. La primera ministra rechazó las peticiones que pedían la celebración de un referéndum sobre el acuerdo en Irlanda del Norte, por lo cual los miembros de los Unionistas del Ulster en la Cámara de los Comunes renunciaron a sus escaños, para así obligar al gobierno a convocar elecciones parciales en

funcionario y con posterioridad ha publicado un libro que representa una amarga crítica a la estructura y los métodos de la administración británica.

(51) *The Times*, 19 de diciembre de 1985.

(52) Su número en 1984 fue de 64 y había disminuido cada año a partir de 1981 (101). Entre 1972 y 1976 se producían alrededor de 200 muertos cada año (*The Times*, 14 de noviembre de 1985).

la práctica totalidad de las circunscripciones de Irlanda del Norte a comienzos de 1986 (53). Se produjeron, además, amenazas de disturbios civiles, huelgas, manifestaciones y otras formas de protesta por parte de la mayoría protestante en contra del acuerdo. Al final del debate parlamentario sobre el acuerdo, veinte parlamentarios conservadores y trece laboristas se unieron a los catorce parlamentarios unionistas de Irlanda del Norte votando en contra de su aceptación, pero esto suponía solamente una pequeña parte de los miembros de la Cámara de los Comunes (54).

Entre los numerosos asuntos del calendario parlamentario británico de 1985, pueden escogerse tres representativos, cada uno de ellos relacionado con aspectos significativos de la sociedad británica.

Incluso antes de los terribles acontecimientos de junio en la final de la Copa de Europa en el estadio Heysel de Bruselas, la Cámara de los Comunes se había interesado por los problemas que planteaba la violencia en los partidos de fútbol. Especialmente después de los violentos disturbios multitudinarios acaecidos en marzo en un partido, la primera ministra instó a la Asociación de Fútbol a que tomara medidas más enérgicas y a que realizara un informe para el gobierno sobre los problemas del comportamiento de masas en el fútbol (55). El propio gobierno, en una serie de propuestas relacionadas con los desórdenes colectivos en general (donde se incluían manifestaciones, marchas, piquetes de huelga, etc.), impuso una prohibición de venta o posesión de bebidas alcohólicas en los partidos de fútbol (56). En junio el gobierno proclamó otras medidas para conseguir que la asistencia a partidos de fútbol resultara más segura y agradable.

A la huelga de los mineros la reemplazó como conflicto de relaciones industriales más comentado del año la huelga y la no cooperación de los profesores escolares, que recibieron una gran atención por parte del Parlamento. El gobierno insistía en que el Ministerio de Educación no concedería significativos incrementos salariales a menos que los profesores se avinieran a la reestructuración de su profesión, que incluía un riguroso sistema de evaluación de profesores. Ellos no estaban dispuestos a acceder a esto, de modo que una serie de huelgas breves, pero sin previo aviso, abandono de deberes «voluntarios» tales como la vigilancia de las comidas o las entrevistas vespertinas con los padres y otras acciones afectaron seriamente a la normal rutina escolar. Sir Keith Joseph, secretario de Estado para la Educación, deploró

(53) *The Times*, 26 y 28 de noviembre de 1985.

(54) *The Times*, 29 de noviembre de 1985.

(55) *Daily Telegraph*, 15 de marzo de 1985.

(56) *The Guardian*, 17 de mayo de 1985.

tales alteraciones, pero resistió las presiones para ofrecer dinero extra a los profesores (57).

El desarrollo demográfico de la población británica, con un número creciente de ancianos, estimuló al gobierno a planear una revisión del plan de pensiones estatales y de subsidios de la seguridad social. Hacia el año 2000, el problema de asegurar la financiación para pagar pensiones y subsidios probablemente será grande. Junto con la revisión de los niveles de contribución y subsidio, y motivando a la gente a que realizara mayores provisiones personales para el pago de pensiones, el gobierno trató de simplificar lo que se había convertido en una compleja gama de subvenciones, beneficios, subsidios y otras formas de pago por parte del Estado (58). La discusión sobre estas propuestas se prolongó en el Parlamento durante todo el mes de junio, especialmente con respecto a las estimaciones de qué tipos de gente podrían perder y cuáles beneficiarse con el plan que se proponía revisar. En diciembre se discutió una serie más detallada de propuestas, poniendo el énfasis en un mejor reparto de beneficios para los grupos realmente necesitados de entre los reclamantes (59). Cualquiera que sea el eventual resultado, Gran Bretaña, al igual que otros Estados de bienestar europeos, en alguna medida tendrá que adecuarse al incremento de viejas generaciones, cuyas expectativas de pensión serán elevadas, pero cuyos hijos y nietos habrán de incrementar en gran medida sus contribuciones a lo largo de su vida productiva.

El discurso de la Corona al abrir en noviembre el nuevo período de sesiones pronosticó que un intenso programa legislativo esperaba a la Cámara de los Comunes en 1986. El gobierno, dijo la Reina, «proseguirá con intensidad su programa de privatización...», incluyendo la renuncia estatal a sus responsabilidades relacionadas con las *British Airways* y la industria de propiedad estatal suministradora de gas. Se prometía que la nueva legislación regularía las instituciones financieras (especialmente el mercado de divisas de la *City* de Londres). Se mantendría con firmeza la limitación en los gastos públicos (60). Superficialmente, esta tradicional exposición del programa propuesta por el gobierno para el año entrante significaba la continuación del «thatcherismo» ortodoxo. *The Economist*, sin embargo, lo contemplaba como un primer intento para evitar que la Alianza Liberal Social Demócrata per-

(57) *The Times*, 20 de noviembre de 1985.

(58) *The Times*, 4 de junio de 1985. El coste para el Estado de las pensiones con base a los salarios se multiplicaría por tres (en términos reales) en los próximos cincuenta años, si no se tomaban pronto medidas, se quejaba en el Parlamento el ministro responsable de los Servicios Sociales (*The Times*, 14 de junio de 1985).

(59) *The Times*, 17 de diciembre de 1985.

(60) *The Times*, 7 de noviembre de 1985.

judicara el potencial de votos conservador en las próximas elecciones; de forma específica, el periódico contemplaba el énfasis en la ley y el orden, la política de protección del medio ambiente y la política de eliminación de restricciones legales (como, por ejemplo, la apertura de las tiendas los domingos) como un eco de las demandas de la Alianza (61).

FUNCIONAMIENTO Y ORGANIZACION DEL PARLAMENTO

De modo inusitado, los trámites más interesantes de 1985 tuvieron lugar en la Cámara de los Lores y no en la Cámara de los Comunes, de elección popular. El 23 de enero, por vez primera en la historia parlamentaria, los procedimientos ordinarios de la Cámara de los Lores fueron retransmitidos por televisión. Asistieron cerca de trescientos miembros de la Cámara (una cifra extraordinariamente alta). El experimento contó con la aprobación del público y de los políticos (62), y en julio la Cámara de los Lores votó por 135 contra 52 a favor de continuar con el experimento durante otro año.

La importancia de la Cámara de los Lores en el sistema político había aumentado en los últimos años. El hecho de que en 1985 cuatro ministros del gabinete, así como varios ministros «junior», fueran miembros de la Cámara de los Lores, constituye una de las razones de esa importancia creciente. Tanto como su útil labor de revisión de las propuestas legislativas de la Cámara de los Comunes, la Cámara de los Lores desarrollaba asimismo importantes debates sobre materia de relevancia pública (63). Actúa además como foro en el cual los lores conservadores pueden criticar al gobierno, puesto que no recibirán como respuesta la amenaza de su abolición, como podría hacer un gobierno laborista. Un comentarista de prensa dijo de la Cámara de los Lores: «... su papel será permanecer como una cámara de revisión que no ha de dudar en enmendar, pero no ha de intentar destruir la legislación del gobierno» (64). Ese papel tiene su precio: el volumen de trabajo de la Cámara de los Lores se ha incrementado sin parar. En 1984, por ejemplo, se reunió ciento setenta y ocho días a lo largo del año, en relación con sólo ciento cuarenta y tres en 1980 (65). La media de duración de cada sesión también ha aumentado: de tres horas y cincuenta y cinco minutos en

(61) *The Economist*, 9 de noviembre de 1985.

(62) *The Times*, 21 de mayo de 1985.

(63) El primer debate televisado en enero versó sobre el desempleo, por ejemplo, y en noviembre se celebró un importante debate sobre las consecuencias sociales y económicas de las nuevas tecnologías.

(64) GEOFFREY SMITH, en *The Times*, 25 de enero de 1985.

(65) *Daily Telegraph*, 3 de enero de 1985.

1956-1957 a cinco horas y cuarenta y seis minutos en 1971-1972 y a siete horas trece minutos en 1983-1984. Durante 1983-1984 hubo noventa y tres ocasiones en las que la Cámara permaneció reunida después de las diez de la noche, en comparación con veintiocho en 1971-1972 y únicamente dos en 1956-1957. De igual manera se había incrementado el promedio de asistencias (66).

La Cámara de los Comunes también se interesó por su volumen de trabajo. El líder de la Cámara de los Comunes, el señor Biffen, inquirió por el anormal número de sesiones de esa Cámara que se prolongaban más allá de la medianoche, si bien desestimó como solución posible la idea de probar a celebrar reuniones matinales del Parlamento (normalmente inicia su labor después del mediodía) (67). Un miembro del Partido Laborista informó acerca de un estudio que había realizado sobre los deseos de los parlamentarios: el 63 por 100 quería que su labor acabara de manera fija a las diez de la noche todos los días y el 75 por 100 prefería un límite máximo de diez minutos para los turnos de palabra (68). Aunque la Cámara de los Comunes se reúne normalmente ciento setenta días al año, cerca de treinta días se dedican a asuntos de rutina (tales como el presupuesto y el discurso de la Corona, antes mencionados), veinticuatro días se utilizaban a propuestas no gubernamentales de los parlamentarios y había diecinueve días a disposición de la oposición para debates de su elección; esto reducía a menos de cien días los dedicados a la legislación del gobierno, lo que daba como resultado que fuera necesario prologar las sesiones de la Cámara de los Comunes. En mayo una comisión especial de procedimiento propuso la imposición de limitaciones horarias de cualquier legislación antes de su debate, si bien rechazó la idea de admitir legislación para su debate en el siguiente período de sesiones del Parlamento si no se había completado su toma en consideración en el período de sesiones en curso. Deseaba, asimismo, que los mencionados horarios fueran impuestos por una comisión de parlamentarios «senior» de todos los partidos y no sólo por el gobierno (de forma similar a la Comisión de Decanos en el *Bundestag* alemán) (69). También se incrementaron otros aspectos de la actividad parlamentaria: el número de preguntas parlamentarias escritas se había doblado de 21.000 a 42.000 por año desde 1980 y el costo que suponía su respuesta era ahora de 1.680.000 libras esterlinas (70).

(66) Carta de lord Shackleton, líder de la Cámara de los Lores (es decir, director de los Asuntos Gubernamentales), en *The Times*, 5 de marzo de 1985.

(67) *The Times*, 26 de febrero de 1985.

(68) *Sunday Times*, 3 de marzo de 1985.

(69) *The Times*, 17 de mayo de 1985.

(70) *The Times*, 30 de abril de 1985.

A pesar de tanto trabajo, la imagen pública del Parlamento y de los parlamentarios no era muy favorable. Un estudio descubrió que sólo un 39 por 100 del electorado se mostraba interesado por conocer cómo seleccionaban los partidos para su nominación a los parlamentarios, y consideraban un compromiso y un conocimiento *locales* más importantes para un parlamentario que su compromiso político *nacional* o que la personalidad del parlamentario (71). Otro estudio desveló que la Cámara de los Comunes estaba perdiendo confianza pública y que, asimismo, declinaba el interés por lo que hacía dicha Cámara (sólo un 54 por 100 manifestó estar «interesado» o «muy interesado», en comparación con un 72 por 100 en un estudio similar en 1973) (72). El mismo estudio señaló que las retransmisiones radiofónicas de las labores parlamentarias había surtido un efecto negativo en las opiniones de los encuestados sobre la Cámara de los Comunes para un 25 por 100, frente a un efecto positivo únicamente para el 6 por 100 de los encuestados. Esta pudo perfectamente haber sido una de las razones por las que, para sorpresa de muchos, en noviembre la Cámara de los Comunes se manifestara en contra de que sus trabajos fueran televisados, con unos resultados de 275 votos en contra frente a 263 a favor. El hecho de que la primera ministra decidiera votar en contra del experimento con toda probabilidad persuadió a otros parlamentarios conservadores a seguir su ejemplo. Otros estimaron que podría verse alterada la atmósfera íntima de sus debates (73). *The Economist* era más cínico al sugerir que la razón más importante de ese rechazo era el miedo de los parlamentarios a «cómo resultaría en pantalla su conducta pendenciera» (74).

En febrero y marzo destacó un asunto de procedimiento pequeño pero relevante. Lord Tonypany (antes señor Thomas, *Speaker* de la Cámara de los Comunes hasta su retiro en 1983) publicó sus memorias. Aunque no había sido el primer *Speaker* en hacerlo, el libro de lord Tonypany contenía una relación detallada de controversias parlamentarias y críticas de políticos (especialmente del Partido Laborista, al cual también había pertenecido lord Tonypany). *The Times* publicó un editorial en el que criticaba a lord Tonypany por revelar conversaciones confidenciales, así como por debilitar la dignidad y la independencia del cargo de *Speaker*, puesto que los deseos de acercamiento al *Speaker* en cuestiones de confianza podría inhibirse por el miedo a una ulterior publicación de memorias (75).

(71) *Daily Telegraph*, 19 de enero de 1985, sobre una encuesta Gallup.

(72) *The Economist*, 2 de marzo de 1985.

(73) *Sunday Times*, 24 de noviembre de 1985.

(74) *The Economist*, 23 de noviembre de 1985.

(75) *The Times*, 26 de febrero de 1985. Véase también un artículo de Geoffrey

CONCLUSION: LOS PROBLEMAS DEL PARLAMENTO

Especialmente en un Parlamento en el que un solo partido goza de una amplia y segura mayoría, se presentan varios problemas en relación con el papel del parlamentario y comienzan a proliferar las especulaciones con respecto al futuro *posterior* a las próximas elecciones generales.

Algunos problemas se referían a las posibilidades de aquellos parlamentarios que no son ministros para adquirir información y habilidad para criticar al gobierno y para entender y debatir la legislación gubernamental, especialmente aquella de naturaleza compleja o técnica. El sistema de comisiones especiales introducido en 1979, si bien no afectaba (como en Estados Unidos o en Alemania Federal) al procedimiento legislativo, había resultado un éxito para criticar e informar sobre distintos asuntos importantes. Una comisión de los propios parlamentarios describió el sistema de comisiones especiales como de «reforma parlamentaria importante y fructífera», si bien la tendencia de los ministros para ignorar o rechazar los informes de las comisiones especiales y el número creciente de ocasiones en que las comisiones se dividían en bandos partidistas disminuían su categoría y valor (76). No obstante, la Comisión Especial de Asuntos Exteriores, que elaboró un informe crítico sobre la ayuda del gobierno al hambre en Africa, la Comisión Especial de Política Económica y la Comisión Especial sobre Empleo, que informó sobre la huelga de los mineros, son ejemplos de la utilidad del sistema de comisiones especiales a lo largo del año.

Una comisión especial elaboró un informe sobre los «intereses» de los parlamentarios y criticó el aumento de las «asesoraciones». Ciento veinte parlamentarios habían mantenido algún tipo de relación asesora con intereses de negocios, industriales o comerciales y la comisión propuso que se introdujera un registro obligatorio de *lobbyist* para controlar la extensión de su influencia sobre y dentro del Parlamento, pero el gobierno lo rechazó (77).

Para ayudar a los partidos de la oposición a operar más efectivamente dentro del Parlamento, el gobierno anunció aumentos en las ayudas estatales a los partidos parlamentarios que no formaran parte del gobierno: el Partido Laborista recibiría 440.000 libras en 1985; los liberales, 88.000; los socialdemócratas, 62.000, y otros partidos, 40.000 libras, de acuerdo con el

Smith reiterando las críticas con respecto a la naturaleza confidencial del papel del *Speaker* (*The Times*, 7 de marzo de 1985).

(76) *The Guardian*, 6 de agosto de 1985.

(77) *The Times*, 25 de junio de 1985.

número de escaños y de votos que habían obtenido en las anteriores elecciones generales. Este dinero se destinaba para contribuir a los gastos de personal y a la investigación (78).

Las elecciones parciales y las locales, así como las encuestas de opinión, habían mostrado que el electorado era sumamente volátil y, de esta forma, el resultado de las próximas elecciones generales resultaba difícil de predecir. A pesar de los pronósticos basados en las encuestas de opinión a finales de año de que la Alianza podría obtener únicamente unos cincuenta escaños (79), incluso tales resultados impedirían que conservadores o laboristas logaran la mayoría absoluta en solitario. Así, las discusiones acerca de qué gobierno podría formarse con semejante Cámara de los Comunes, la posibilidad de formar un gobierno de coalición y el papel del monarca en tal situación, ocupó un lugar destacado en los congresos anuales del Partido Social Demócrata y del Partido Liberal (80). Sin embargo, las directivas laboristas y conservadoras se negaron a considerar la posibilidad de formar un gobierno de coalición con la Alianza u otro acuerdo formal de gobierno de no lograr la mayoría absoluta tras las próximas elecciones.

La conducta maleducada, descortés, incluso «antiparlamentaria», de los parlamentarios, la cual había persuadido a muchos de ellos de que la retransmisión televisada de sus sesiones sería un error, continuó a todo lo largo de 1985. Varios parlamentarios fueron suspendidos por algún período debido a un comportamiento especialmente inadecuado. Un caso particularmente especial sucedió en enero, cuando quince parlamentarios laboristas se negaron a obedecer al *Speaker* y se suspendieron las tareas parlamentarias durante veinte minutos. El *Speaker* criticó a esos parlamentarios, diciendo: «Este no es el modo de discutir nuestros asuntos dentro de una sociedad democrática» (81). Fue más tolerante cuando los parlamentarios conservadores criticaron el ofensivo lenguaje empleado por el señor Kinnock y por otros parlamentarios laboristas para con la primera ministra, defendiendo la tradición de la «discusión fuerte» en la Cámara de los Comunes, aunque añadió: «La moderación en el lenguaje es esencial en los debates civilizados...» (82). En diciembre, un comentarista de prensa se quejó del deterioro generalizado de la calidad y el lenguaje de los debates parlamentarios, diciendo: «Si la estructura democrática no debe descomponerse, la política partidista tiene se-

(78) *The Times*, 25 de junio de 1985.

(79) *The Times*, 21 de diciembre de 1985.

(80) *The Guardian*, 12 de septiembre de 1985; *The Times*, 18 de septiembre de 1985.

(81) *The Times*, 18 de enero de 1985.

(82) *The Times*, 1 de mayo de 1985.

guramente que mantenerse dentro de ciertos límites. Y donde se ha de comenzar es en la Cámara de los Comunes» (83).

Otro artículo periodístico se tituló «Ordenar la Cámara» («*Putting the House in order*»), pero se refería al deterioro *material* del Parlamento y no a su deterioro retórico. Enumeraba las grandes y costosas reparaciones necesarias en los famosos edificios, familiares a todo turista en Londres, y la imposibilidad de concluir muchas de esas obras con un presupuesto de mantenimiento de sólo diez millones de libras (84). Sin ser el legislativo más caro del mundo, el Parlamento británico cuenta con un presupuesto de 87 millones de libras, de los cuales los salarios y los gastos de los parlamentarios se llevan un 38 por 100, la administración y el personal de la Cámara de los Comunes un 24 por 100 (y el personal había doblado su número a 900 desde 1970), el mantenimiento del edificio un 12 por 100, efectos de escritorio y publicaciones un 12 por 100 y los costes de la Cámara de los Lores un 14 por 100 (85).

¡La democracia parlamentaria en Gran Bretaña —al igual que en otros países democráticos— no resulta barata!

(Traducción de ASCENSIÓN ELVIRA.)

(83) MICHAEL JONES: «Destruyendo la Cámara» («Bringing the House Down»), *Sunday Times*, 22 de diciembre de 1985.

(84) *The Times*, 6 de noviembre de 1985.

(85) *The Economist*, 3 de agosto de 1985.